
De Estado de exilio

Cristina Peri Rossi

Que lo sepan todos de una vez:
el exilio no puede ser jamás una retórica.

El país donde quisiéramos volver ya
no existe;
lo perdimos en el intento de
construir el país donde
queríamos vivir.

Cada uno vive dos vidas:
la que dejó
y se prolonga en los gemidos de las cárceles, en
las celdas de tortura,
a la que le tocó después,
como un traje nuevo en el reparto.
Casi todos sienten que los pantalones les quedan cortos, les
aprieta el cuello de la camisa y las mangas son demasiado
anchas, pero está prohibido sangrar desnudo por las calles de
las ciudades adoptivas.

Llevamos un estigma
que no borra
el automóvil flamante
ni las cartas consoladoras que escribimos.

Soñé que me iba lejos de aquí el
mar estaba picado olas negras y
blancas

un lobo muerto en la playa un
madero navegando llamas en
altamar

¿existió alguna vez una ciudad llamada Montevideo?

Una casa
un cuadro
una silla
una lámpara
el sonido del mar perdidos,
pesan tanto como la ausencia de

Para obtener asilo debemos narrar al ^{mamá.}
detalle lo que hicimos. A veces nos
perdonan
y nos extienden un papel que nos
permite vivir donde no quisimos.

Tengo un dolor aquí,
del lado de
la patria.

Como los navegantes que volvieron
de combatir con el octopus
(dijo Neruda)
ya no nos acostumbramos a vivir en ninguna parte,
tenemos frío en todas las ciudades, nos son ajenas las
avenidas las casas los ríos
y sentimos una nostalgia muy grande
cada vez que alguien nombra la palabra
revolución.

Y cuando la conversación decae en
lenta agonía
es posible descubrir en el fondo del silencio de
cada uno
la geografía de un continente
obsesivo.

Ninguna palabra nunca
ningún discurso
-por abrasador, honra a Martí-
sirvió para detener la mano del
torturador.
Pero cuando una palabra escrita
sirve para aliviar el dolor de un torturado, la
literatura tiene justificación.

La *Muerte de Isolda* en un piso de
este barrio,
no me gusta como antes.
Quizás la púa esté gastada el
aria
o la Flagstad haya envejecido. Quizás
mi oído no sea el mismo.

Cuando dicen: "Que pase el extranjero" a
veces no me doy cuenta de que soy yo.

El exilio son los otros.